

Volvamos al Folletín

LA ULTIMA VEZ QUE oí hablar de novelas por entregas fue hace cerca de cuarenta años, un horror de tiempo. Me habló de ellas el poeta popular Francisco Pezoa, autor de aquella canción tan cantada por los anarquistas y socialistas de otros tiempos, esa canción que empezaba diciendo: "Canto a la pampa, la tierra triste, réproba tierra de maldición..." Pezoa era cigarrero de oficio, de esos que hacían cigarrillos a mano; hechizos que se llamaban. Tenía unas manos pequeñas, muy finas.

No sé cómo se acercó al movimiento obrero y se hizo socialista, aunque mejor sería decir que se hizo cooperativista, por lo menos teórico. Leyó una enormidad de libros y estudió francés e italiano, llegando a dominar por lo menos el primero de esos idiomas. Daba conferencias sobre cooperativismo y discutía en público, siempre con gran ecuanimidad, sobre todas las teorías sociológicas, y escribía muy bien, teniendo además un gran sentido de lo humorístico. Durante los años del plebiscito llegó a ser uno de los primeros redactores del diario "El Pacífico" que el Gobierno de Chile editó en Arica. Habría llegado mucho más lejos y figurado quizás como sociólogo y periodista si no se hubiese sentido atraído por las bebidas alcohólicas, que tenían sobre él un dominio absoluto. Por desgracia no tenía condiciones de bebedor.

Era hijo de una señora muy humilde y tenía un hermano suplementero. Cuando la madre vio que su hijo se dedicaba a lecturas y a escribir, procuró ponerse a su altura, y, a veces, en tanto Pezoa, en su pieza del conventillo, con gran incomodidad, escribía o leía algo, la madre, que como otras mujeres pobres (y aun ricas), no tenía con quien conversar sobre altos problemas, se le acercaba preguntándole:

—Hijo, ¿qué pito tocará el rey Alfonso?

La nueva afición de Francisco tomó también de sorpresa a su hermano, quien, cuando se le preguntaba por él, respondía:

—En la pieza está dedicado a la "tiliteratura".

Pezoa, como muchos otros bohemios, andaba siempre a caza de maneras de salir de la pobreza. En cierta ocasión, hace aquella barbaridad de años, le encontré y me contó que había hallado en una cantina un editor que estaba dispuesto a imprimir y vender "novelas para caballos", así las denominó, si había alguien que quisiese escribirlas.

—¿Qué son esas novelas para caballos? —le pregunté.

—Novelas de esas que se llaman "por entregas", folletines —respondió—. ¿Tú te atreverías? Porque se necesitan dos. Creo que el trabajo debe ser muy pesado para uno solo.

Era obrero linotipista y redactor del diario "Los Tiempos", en cuyas páginas escribía con el seudónimo de Pedro Norte, y aunque no ganaba demasiado ganaba lo suficiente para rechazar una invitación de esa índole. Por lo demás, me sentía escritor y sabía ya qué era esto y qué era aquello.

—Yo creo que se venderían —murmuró Pezoa, soñador—. Antes se vendían mucho y no creo que la gente haya cambiado; sigue tan tonta como siempre. Claro es que el trabajo en pareja es difícil, pero si están o se ponen de acuerdo y además son amigos, se puede hacer bien. De otro modo... ¿Tú sabes lo que pasó una vez con Luis de Val y Manuel Fernández y González, folletinistas españoles? Un editor madrileño se dijo que si juntaba a esos dos genios del folletín ganaría montones de dinero. Lo logró y empezaron. Acordaron que la primera entrega la escribiría Fernández y González. Este inició algo que parecía una intriga amorosa y le puso todo el suspenso posible. Luis de Val leyó el cuadernillo ya impreso y como viera que su colega había colocado sólo tres personajes, la pareja de amantes y un cochero, agregó en el suyo el vendedor de diarios de la esquina, un carnicero, dos policías, un cobrador de tranvías, otro cochero, el dueño de un hotel, dos ladrones, cuatro huérfanos y una loca. La novela se había ofrecido ya y se estaba vendiendo bien cuando Fernández y González leyó el segundo cuadernillo escrito por Luis de Val, enterándose, con gran disgusto, de que a sus tres personajes se había agregado quince o dieciocho. Molesto, pues le gustaba que sus novelas tuviesen pocos personajes, embarcó a todos en una nave de turismo que iba a Mallorca, hizo naufragar el barco y salvó a los tres suyos; todos los de Luis de Val se ahogaron.

Francisco Pezoa no llegó a escribir novelas para caballos. No encontró quién le acompañara o el editor se echó para atrás. Sin embargo, la novela de folletín tuvo en su tiempo millones de lectores y los folletinistas ganaron millones de pesos. Chile tuvo varios en el siglo pasado, unos mejores o peores que otros: Martín Palma, que escribió, entre otras novelas, "Los

CELIC

Centro de Estudios de Historia y Cultura

Sucesión Manríquez

Misterios del Confesionario"; Daniel Barros Grez, el autor de "Las Aventuras del Maravilloso perro Cuatro Remos"; Liborio E. Brieba, autor de "El Capitán San Bruno o el Escarmiento de los Talaveras"; Ramón Pacheco, con su "El Puñal y la Sotana o las Víctimas de una Venganza", etc. No tengo datos sobre el éxito de esas novelas; de seguro dieron para medio morir saltando, como se dice. Con dos o tres millones de habitantes, no podían dar mucho; ni aún ahora, con el doble o triple de población, un escritor vive de lo que escribe.

Pero hubo folletistas españoles que vendieron bastantes libros y ganaron bastante dinero, por ejemplo, Manuel Fernández y González. Era sevillano, criado en Granada, y tenía toda la imaginación de los meridionales y la picardía española. Fue de todo: poeta, publicó un libro de versos; abogado y doctor en filosofía, adquirió prestigio; fue militar y ganó la Cruz de San Fernando; fue dramaturgo y escribió "El Cid" (también escribió una novela con ese tema y en ella el Cid contempla las agujas de la torre de la Catedral de Burgos, construida tres siglos más tarde de que él muriera; cuando se le reprochó el error, respondió que el Cid había visto las agujas gracias a un fenómeno de espejismo); novelista, fue un innovador, por lo menos en España. Tenía varios secretarios, cuatro a veces — Vicente Blasco Ibáñez fue uno de ellos en su mocedad —, y no siempre, al revés de Alejandro Dumas, los tuvo bastante capaces de llamarle la atención sobre los errores que gracias a su imaginación desbordada podía cometer.

Este hombre, que cuando murió sólo tenía seis reales en el bolsillo, ganó, en su tiempo, sumas fabulosas. De su novela "Luisa o el Ángel de la Redención", el editor Urbano Manini tiraba 200.000 ejemplares, pagando al escritor, por concepto de derechos, más de 50.000 duros. Otro editor, Guijarro, le daba 250 pesetas diarias para que le entregara un pliego de novela cada veinticuatro horas. En Francia, Rosa y Bouret, que publicaron muchas traducciones de sus novelas, le tenían asignado un sueldo mensual de 3.000 francos (esto ocurría por los años 60-80 del siglo pasado). Pero él botaba su dinero: ayudaba a sus amigos y a sus admiradores, cosa extraordinaria, por lo menos en Chile, en donde casi siempre son los admiradores los que ayudan al escritor; sostenía su casa con gran lujo y tenía una cochera con varios coches que lucían sus iniciales: M. F. G., iniciales que, según el escritor, significaban: Mentiras Fabrico Grandes.

dispuesto, nervioso, desvanecido...

"—No siga usted. Eso es de "La Esposa Mártir"; pero no importa, seguiremos ahí, y eso tendremos adelantado.

"Y acto continuo, sin detenerse, sin vacilar, me dictaba para "La Esposa Mártir" lo que tenía preparado y dispuesto para "Los Hijos Perdidos".

"Algunas veces —prosigue Luceño— se olvidaba de sus personajes; tal era la inmensidad de gentes que tenía revueltas en su cerebro, y en una ocasión me mandó escribir este párrafo:

"—Doña Andrea, que era el prototipo de la seriedad y del buen juicio...

"—Don Manuel, mire usted que a esta doña Andrea la hemos vuelto loca el otro día, en el capítulo V, a consecuencia de la entrevista que tuvo con la querida de su esposo...

"—Pues, amigo Lucano, no tengo más remedio que volverla a la razón, porque me hacen falta sus consejos para el final de la novela. //

Sus anécdotas son numerosas. Un día un amigo, con el propósito de provocarle alguna respuesta ingeniosa, le dijo:

—Oye, Manuel, ¿quién vale más, Homero o tú?

Respondió:

—¡Hombre! Te diré...

En 1888, pobre y abandonado, pasaba sus últimos días en una humilde pieza. Un amigo piadoso fue a verle y le dijo, como para animarle:

—¡Pero, hombre, don Manuel! ¿Qué es esto?

Y el escritor, triste pero integro y altivo como siempre, respondió:

—Esto es que va usted a ver cómo muere un hombre.

Murió en la noche del cinco al seis de diciembre de ese año y sólo una decena de amigos acompañaron sus restos al cementerio. Pero, con pocos amigos o con muchos amigos, con seis reales o con cien mil dólares, uno se muere lo mismo y le entierran.

Nunca olvidaré el folletín que leí, el primer, cuando era joven. Me lo facilitó una señora y se titulaba "El Hijo de la Obrera". Formaba un horrible tomo de cerca de setecientas páginas y su autor era Luis de Val, un folletista español catalán de seguro. Tenía un solo día para leerlo, pues al siguiente debía partir hacia Mendoza con mi madre, y a las ocho de la mañana me senté sobre un colchón, ya que no tenía catre —veníamos desde Rosario y no llevábamos sino los colchones— y a las ocho de la no-

che me lo había leído todo. Por suerte, el tipo era grande. Lo ponían así porque muchos de los lectores eran viejas o viejos. También podían ser semianalfabetos.

El folletín era la literatura del pueblo, de la gente sin cultura literaria, sin exigencias intelectuales ni psicológicas. La maldad o la bondad de sus personajes, la avaricia y la crueldad, la piedad y el amor a la gente humilde, eran la atracción del folletín. Un ángel bueno protegía a los buenos y un ángel vengador hería a los malos. Y ésa es, para el pueblo, la verdad, su verdad. Y si titulé esta crónica "Volvamos al Folletín", al finalizarla siento que no hay para qué volver, pues así como vivimos y así como ocurren las cosas, así como se desarrolla la política nacional e internacional, la economía y el comercio, así ocurrían, más o menos, las cosas en el folletín. Durante dos meses el pueblo ha podido ver, en los diarios del país, centenares de rostros que generalmente pertenecían a seres desconocidos; cada uno de esos rostros expresaba claramente una característica: la ambición, la burla, el interés personal, el deseo de llegar a ser algo, ya que no se era nada; todos pedían el voto del pueblo y mentían ofreciendo lo que no pueden dar; algunos y algunas salían retratados al lado del Presidente de la República (era su única recomendación). Eso en la política. En la economía vemos algo que causaría mucha risa si no fuese que hay gente que la sufre con mucho dolor: la carestía, el aumento estúpido de precios, el robo descarado, la frescura; por otro lado, la disminución del valor de nuestra moneda: en pocos años, y a pesar de todos los políticos, el peso chileno ha descendido de un modo irritante. La gente de trabajo no ha hecho, durante toda su vida, otra cosa que trabajar, y al final de su vida ¿qué es lo que tiene? Una jubilación irrisoria. En la política internacional las cosas no son mejores: hay países, los nuevos y aún los viejos países, en que cada mes o cada seis meses un golpe de estado derriba al gobierno que se levantó hace seis meses o menos por medio de otro golpe. ¿Es esto serio? No lo es, parece cosa de folletín, hombres y hechos. ¿Para qué, entonces, volver al folletín, si lo que ocurre es folletinesco? Por suerte para los frescos y los usufructantes de todo eso, el ángel bueno sigue defendiéndolos. Y los que miran hacia el cielo o la tierra en busca del ángel vengador, se cansan ya y se preguntan si este folletín terminará alguna vez.

1965

2